

Una propuesta humanista para una nueva educación

María Pía Chirinos

Universidad de Piura

Introducción¹

Aunque suene a quijotesco, a los que nos dedicamos a las letras nos gusta parafrasear a un gran literato sudamericano: "Oiga joven", cuentan que se oyó decir en una ocasión a Jorge Luis Borges, "¿no sabe usted que los humanistas sólo defendemos causas perdidas?" En efecto, ésta parece la eterna e ingrata tarea de quien se dedica a la filosofía, a la historia, a la literatura. No así la del mundo empresarial, la del mundo de los negocios. Después de un escaso año de estallar la más grande crisis económica mundial desde 1929 (y para algunos, incluso mayor), se canta victoria a los cuatro vientos: hay señales de recuperación; las medidas han surtido efecto. Todo menos admitir la derrota, todo menos desconfiar del mismo sistema que la ha provocado, todo menos defender una causa perdida. Quizá los humanistas debamos aprender de esa inaudita autoestima...

Y es que, a pesar de que el mundo de los negocios lleva más de 30 años hablando de liderazgo y de ética, pocos se atreven a confesar que la crisis económica mundial representa algo más que una mera crisis económica. Pocos admiten la falta de credibilidad en un sistema que, entre otras cosas, ha intentado formar líderes, pero que ha fallado. ¿Por qué? Porque lo ha entendido desde presupuestos falsos: líderes parecían aquellos empresarios que mejores ganancias obtenían, los que más arriesgaban... El único fallo fue creer en la unión indisoluble entre éxito empresarial y éxito en liderazgo, o, con otras palabras, cegarse ante la posibilidad de una expresión empresarialmente incorrecta: corrupción por interés personal.

Obviamente, esta denuncia constituye una de esas causas perdidas que tanto nos gustan a los filósofos, y que sólo nosotros defendemos, porque quizá somos los únicos que todavía creemos en ellas. Y esa causa es la que desvela una razón más radical, mucho más seria, de la crisis: la crisis

¹ El artículo amplía una conferencia dictada en el III Congreso Educación Personalizada, Innovar, Invertir, Liderar. Retos de la educación de hoy, en Lima, setiembre de 2009.

económica mundial es una crisis antropológica. Es –lo sé muy bien– una denuncia grave, que puede parecer imposible de resolver, pero entonces dejaríamos de defender causas perdidas y, sin ellas, ya no tendríamos motivos para filosofar. ¿Y qué motivo más noble y más arduo que el de volver a descubrir quién es el hombre y cuáles son las claves para hacer de él un líder auténtico?

¿Quién es el hombre? Se trata de una pregunta filosófica que comienza con Sócrates. Desde entonces ha corrido mucha tinta. Tanta que los modelos antropológicos que están en la base de esta crisis poco tienen que ver con las respuestas clásicas. En efecto, el s. XX que acabamos de dejar se ha visto influido fundamentalmente por dos corrientes económicas basadas en doctrinas antropológicas muy definidas: el marxismo y el neo-liberalismo.

El marxismo, al reducir al ser humano a pura materia, habla de la alienación del hombre a través del trabajo, introduce la lucha de clases y, en política, se traduce en sistemas totalitarios que atropellan los derechos humanos. Por su lado, el liberalismo tiene su origen en una concepción antropológica individualista, que entiende el trabajo como puro medio de riqueza y sigue la famosa frase de Hobbes: “el hombre es lobo para el hombre”. Para todo liberal, somos por naturaleza egoístas: la sociedad es consecuencia de un contrato para evitar más luchas.

Aunque se presenten como alternativas contrapuestas, ambos modelos buscan un desarrollo humano exclusivamente material como consecuencia del éxito del modelo económico. Pero esta hegemonía de lo económico se ha mordido la cola, especialmente en su versión liberal: ni ha ganado la batalla al marxismo, porque el modelo marxista se ha autodestruido como humanismo y como teoría económica; ni ha podido ofrecer una alternativa a la altura de las circunstancias. La prueba, además de la crisis, es la deshumanización que lacera los así llamados países del primer mundo, o, con expresión más cruda, la “antropofobia” en la que han caído. ¿Con qué otra palabra puede denominarse la situación del así llamado Estado de bienestar, que no puede ocultar sus altas tasas de suicidio, que legaliza la eugenesia con experimentación de embriones, que se dedica a la apología del aborto bajo cualquier presupuesto, que promueve la eutanasia de seres humanos desvalidos, que oculta la minusvaloración de la mujer en países en vías de desarrollo mediante políticas demográficas obligatorias (esterilizaciones, etc.), que explota a los inmigrantes, que destruye alimentos excedentes que podrían dar de comer a millones de personas, etc.? Muy pocas voces se atreven a denunciar esta situación como subdesarrollo moral; menos aún son las que detrás de este subdesarrollo descubren una dictadura. En efecto, ahí donde los más débiles no tienen voz y sufren injusticia, ahí no puede haber democracia, porque no es verdad que todos seamos iguales bajo la ley. Como ha denunciado Benedicto XVI, es un nuevo tipo de dictadura: la del relativismo ético.

Y es que no siempre es verdad que las peores dictaduras son las que niegan con la ley las libertades básicas. Las dictaduras duran sobre todo cuando impiden pensar. La falta de ideas, la desidia para buscar la verdad, para reaccionar ante el pensamiento dominante, son su mejor aliado. Y esto puede darse también en sociedades democráticas, cuando hay superficialidad. El motivo es claro: no toda idea tiene el mismo valor de verdad, ni toda opinión es igualmente verdadera. Hay “sucedáneos” de ideas verdaderas, ideas “light”, que nos sofocan engañosamente, porque adormecen nuestras posibilidades de buscar, encontrar y defender la verdad sobre lo que somos y lo que nos hace felices.

Como ejemplo, se puede recordar la famosa frase de un líder político que suele llenar las primeras páginas de los periódicos, no precisamente por su buen hacer. La educación de un pueblo – afirma Silvio Berlusconi – sólo se alcanzará cuando se dé prioridad a las tres “i”: *impresa* (trabajos relacionados con los negocios), *inglese* (dominio de la lengua inglesa), *informática* (tecnología, computadoras, internet, etc.). Una enseñanza basada en este *slogan* peca no sólo de frivolidad y *snobismo*, sino sobre todo de ligereza, por su casi nulo peso específico antropológico. La actividad empresarial, el inglés, las nuevas tecnologías, ¿pueden realmente ser las claves para la educación en liderazgo? Obviamente, seguir este modelo es posible, pero entonces nos encontramos ante un buen ejemplo de educación “light”.

Quizá lo más desmoralizante de este modelo *light* es lo fácil que convence. Indudablemente, es mucho más difícil educar en libertad, enseñar a pensar e inculcar virtudes que regalar computadoras, aprender un idioma como el inglés y dar elementos técnicos para ganar dinero. Tampoco se trata de negar la utilidad a las tres “ies” de Berlusconi. La gran falsedad consiste en defenderlas como objetivo de la educación en general, sin adjetivos. Porque admitir este tipo de enseñanza es aceptar un modelo utilitarista, es decir, que se queda en unas medidas útiles para llegar a esa sociedad del bienestar. Y con ello, volver a caer en el círculo vicioso de un humanismo que ignora el auténtico liderazgo porque deja de lado la verdad sobre el hombre.

Huir de un falso humanismo

El auténtico líder, el que busca la excelencia, *sabe* que *saber* es algo más que acceder a la información rápidamente. Esto también se hace con Wikipedia o con Google. Precisamente, las posibilidades que nos ofrece la informática para obtener información, para realizar velozmente operaciones matemáticas, para elaborar programas complejos que ahorran gran cantidad de tiempo y de dinero, es algo muy positivo. Pero para serlo no debe entenderse como el único modo de conocer humano. Por eso, reducir

nuestra existencia a estar conectados a la red sería entender al ser humano como *Homo cyberneticus*, y abriríamos así las puertas a una antropología en donde lo humano queda sustituido por una máquina con funciones altamente especializadas. Sin embargo, esta definición de lo humano es todo menos humana.

Un segundo modelo de falso humanismo o de humanismo *light* y decadentemente burgués de entender al hombre, a la mujer de hoy, es el error tan difundido como dañino de que si nos comportamos “como somos y queremos”, es decir, “sin restricciones que reprimen nuestro ser sino con espontaneidad, siguiendo nuestros impulsos”, nuestra personalidad se desenvolverá sin obstáculos y seremos felices. Se huye del dolor, del sacrificio, y se idolatra la salud, el cuerpo, el placer. Se hace creer que esta falsa naturalidad demuestra una fuerte personalidad, lo cual, en una sociedad consumista, es bastante dudoso ya que detrás de tales ocurrencias frecuentemente se encuentra una campaña publicitaria, promovida por unos pocos que saben qué fibras sentimentales han de tocar para dominar a su víctima, a la que podríamos llamar *Homo cocaccolensis*.²

Existe, sin embargo, un tercer modelo de falso humanismo quizá más serio pero no por eso menos perjudicial: entender la razón humana y la verdad como exclusivamente científicas, es decir, negando todo lo que no pueda medirse desde parámetros cuantitativos o experimentales. Es la gran tentación racionalista, que aparece con toda su fuerza con la filosofía moderna. En efecto, frente a la actitud griega que se admiraba ante la naturaleza y que convertía esta admiración en el principio del filosofar, Descartes propone en el *Discurso del método*, sustituir la filosofía teórica por una filosofía «radicalmente práctica mediante la cual podamos convertirnos en señores y dominadores de la naturaleza» (p. 61-62). Es la supremacía de la razón aplicada a la materia, que se entiende según coordenadas de espacio y de tiempo, y de un modo abstracto. ¿Qué quiere decir esto?

Se puede entender mejor por sus consecuencias. La ciencia moderna empieza su hegemonía en el s. XVII al introducir un método científico de gran utilidad, pero que conlleva tres peligros: el primero, la progresiva minusvaloración de todas aquellas disciplinas que no pueden ser analizadas bajo estos parámetros (léase historia, literatura, filosofía, teología); el segundo, el dominio indiscriminado de la razón humana sobre la naturaleza, como si nuestra razón tuviese derecho a no violentar lo natural y como si la naturaleza no tuviera un mínimo de consistencia, con fines propios difícilmente alienables.

Pero hay un tercer riesgo. La razón moderna cree haber alcanzado la madurez: no sólo puede dominar la naturaleza sino que también es capaz

² Si no fuera porque Hannah Arendt ya aporta otro término más conocido: *animal laborans*.

de dominar “su naturaleza”, “su cuerpo”, la “vida humana”. Es una razón que se convierte en dios, porque se yergue como la alternativa racional para erradicar la enfermedad, el dolor y hasta la muerte. Estamos frente a un humanismo que promueve al súper-hombre, que salvará al género humano de su estado religioso y mítico y logrará una emancipación total. Estamos ante el modelo del *Homo faber*.

Los resultados de estos planteamientos son bien conocidos. Por un lado, sólo se acepta como verdad lo que puede medirse según la ciencia moderna y se abandonan otros modos de pensar: interesa lo técnico y no lo humano; valen los resultados y no las ideas; lo importante es el poder y el liderazgo económico y no la libertad, la solidaridad o el servicio.

El dominio del hombre sobre lo estrictamente natural empieza a desvelarse como un pecado de “hybris”, de soberbia. Se cae en ese “seréis como dioses”, que Adán y Eva escucharon en el paraíso, pero después del cual el paraíso dejó de existir. Y es que el dominio no es dominio: es destrucción. Por eso, la naturaleza comienza a agrietarse por el agujero de ozono, por la contaminación ambiental, por la extinción de especies...

Esto es lo que está pasando en el primer mundo: lo humano se mide por la ciencia, por la información y por el bienestar material, por el avance tecnológico y por las economías con renta *per capita* mayor. Se da más importancia a la información y a la salud que a la formación y a la cultura. La educación, por su parte, se dirige a la adquisición de destrezas y habilidades, que poco tienen de virtud, y a dar rienda suelta a la espontaneidad, que nada tiene que ver con ella. Se prescinde de las relaciones humanas naturales como la familia, la vecindad; se olvida la tradición humanística; se menosprecia al enfermo, al discapacitado, al que no es económicamente activo. No son rentables ni útiles. Ya no es posible, ni interesante, conseguir que el hombre mismo crezca en su humanidad. A este predominio de la técnica y del consumo sobre el saber, sobre la cultura y sobre la virtud, es a lo que se está empezando a llamar *posthumanismo*, con un déficit de relaciones humanas, porque hay un superávit de individualismo cerrado.

Sin embargo, sólo entendemos al ser humano en toda su riqueza cuando reconocemos que lo que más lo enriquece es la virtud. Sólo captamos la dignidad del hombre y de la mujer como seres racionales, cuando admitimos otros modos de conocer como la empatía que nos permite descubrir el dolor ajeno y nos revela el valor de consolarlo, aunque la razón no lo cure. Sólo fomentamos el auténtico bienestar si enseñamos a descubrir que la salud y la belleza no son todo: que el ser humano posee intereses más altos, no reducibles ni al dinero ni al placer.

Mi propuesta -mi causa perdida- es, por tanto, ampliar la visión de la vida humana para no reducirla al *Homo ciberneticus*, al modelo de la

máquina, sino defender su condición dependiente y relacional; ampliar la visión de la razón, para no confundirla con el *Homo faber* y su razón científica, dominadora de la naturaleza, sino proponer usos de la razón complementarios, como la razón práctica y las virtudes, que reflejen mejor nuestro modo de vivir; ampliar la visión del cuerpo humano, para revalorizar la vida cotidiana, fuente insustituible de cultura y de humanidad, y abandonar el modelo sentimental y hedonista del *Homo cocaccolensis*.

Propuesta para un nuevo humanismo

¿Por qué no nos deberíamos sentir cómodos si nos definen como *Homo ciberneticus*, *Homo cocaccolensis* u *Homo faber*? Empecemos por lo más básico. Alasdair MacIntyre, gran renovador de la ética, con cátedra en los Estados Unidos, ha denunciado un olvido importante en la antropología filosófica de los últimos decenios. Si bien hay un acuerdo casi unánime con las definiciones aristotélicas del ser humano como “animal racional” y “animal social o político”, a la hora de profundizar en ellas la gran mayoría de filósofos se detiene en lo que se llama “la diferencia específica”, a saber, las notas de racionalidad o de sociabilidad. Pocos, muy pocos, advierten la presencia del “género”, es decir, del término que –obviamente por algún motivo– se repite en ambas definiciones: nuestra condición animal. Hay una especie de tácita vergüenza en investigar nuestra vida corpórea, con sus necesidades, con sus manifestaciones. En muchos casos, se ha pactado con la tajante separación de Descartes entre alma y cuerpo. Lo humano es lo racional. El cuerpo es animal y, por lo tanto, irracional: material, abstracto, sin especial interés antropológico.

Nada más lejos de la realidad. Nuestro cuerpo es un cuerpo viviente, con capacidad de movimientos involuntarios e irracionales, pero también –y en esto es imposible que una máquina nos supere– con movimientos voluntarios y racionales. Nuestro cuerpo es un cuerpo viviente porque pertenece a un ser con automovimiento finalizado, con vida racional y vida social. Esto significa también que nuestro cuerpo, nuestros órganos, expresan nuestra razón, nuestras emociones, nuestros sentimientos. Cuando “guiño un ojo” (y no es meramente un “tic”), soy yo quien lo hace: no mi cuerpo. Y lo hago con una intencionalidad bien determinada, fruto de una decisión para conectar con alguien concreto. Cuando tengo hambre, soy yo quien come: no mi estómago. Yo soy el agente y me alimento de un modo educado, sobrio, procurando mantener una conversación atenta y agradable, viviendo virtudes sociales. O no. Y en ese caso, al comer me asemejo más a un animal, sin modales, con avidez, sin atender a lo que pasa a mi alrededor. Mi respuesta frente a una situación tan corporal como es el hambre no es como la del gato, que ante un plato con leche no se detiene para calentarla, para preguntarse cuánta grasa tiene, ni siquiera para llamar

a otros gatos. Mi respuesta ante un estímulo como la comida cuando tengo hambre puede ser tan variada como original: puedo comer con cubiertos o con las manos, puedo incluso por motivos estéticos o religiosos, dejar de comer aunque esté hambrienta. Mis maneras de reaccionar son infinitas, porque las ejerzo de acuerdo con mi vivir racional, con mi vivir libre.

El comer es un acto altamente revelador de nuestra unidad psicosomática, de nuestra sociabilidad y de la trascendencia de nuestra actividad corporal en la creación de cultura y en la adquisición de lo que se puede llamar “humanidad”. Permite revalorizar la vida cotidiana y concretamente los momentos y lugares –la familia, en primer término, y la escuela– que educan a la persona y lo convierten no en un animal sino en un ser humano.

Con expresión de Alasdair MacIntyre, somos animales racionales dependientes. O tal y como lo dijo ya el viejo Aristóteles, en la base de nuestra racionalidad y de nuestra sociabilidad se encuentra nuestra corporalidad. Si me he detenido en este aspecto tan poco apreciado por la filosofía, se debe a que ignorar esta verdad antropológica conlleva fallos irreparables para la formación y la educación, porque no reconoce el valor de virtudes tan humanas como el pudor y el respeto a los demás, los buenos modales, el buen gusto para vestir, el saber estar, que manifiestan un grado mayor o menor de educación, de cultura. Por esto, en la educación no da igual desatender a nuestras necesidades corporales ni al modo como las satisfacemos. No da igual descuidar los locales para cambiarse en el deporte o los servicios higiénicos o los modales en las comidas. Menos aún, el modo de vestirse y la higiene personal. En todas estas dimensiones la razón interviene siempre: se ejerce o se inhibe y, según esto, se adquieren virtudes o se deja campar a los instintos.

La sociedad del bienestar lo empieza a reconocer: el *Homo cocacolemsis* cuya casa no es el hogar, ni su comunidad la familia, tiene su hábitat en el MacDonald. Los gobiernos ya han reconocido los efectos negativos de esta ausencia de humanidad: problemas de conducta, enfermedades como la diabetes en niños mal alimentados (no malnutridos), drogas, etc.

Sigamos ahora con la sociabilidad. Concretamente, se trata de enfrentarnos con el individualismo del primer mundo que se introduce en sociedades menos desarrolladas como por ósmosis y podrían llevarnos lejos de modos de vivir de larga tradición en nuestra patria: parejas que deciden tener un hijo único; suponer que es mejor un asilo de ancianos que la propia casa para atender a los abuelos, no enfrentarse con el dolor ajeno y procurar eliminar vidas cercanas que lo padecen, negando el bien implícito cuando se acompaña al que sufre. Por eso, más que redescubrir la persona frente al individuo, mi intención es afirmar algo distinto: defender la dimensión personal, social y dependiente de todo ser humano, frente al individualismo

reinante en economías neo-liberales. Esta es una segunda clave para educar en el auténtico liderazgo, a saber, un liderazgo que no es egoísta sino solidario, que tiene como finalidad el servicio a los demás y no el propio interés, y que entiende la educación como cauce para adquirir virtudes como la generosidad, la capacidad de sacrificio, la disponibilidad, el cuidado por el prójimo, etc.

Si se aceptan estas tesis, es decir, si se rechaza la noción de individuo sin relaciones (lo llamábamos el *Homo cyberneticus*, virtualmente conectado a la red, humanamente desconectado de sus iguales), entonces se puede dar un paso más: se pueden redescubrir o apreciar las instituciones que permiten recuperar lo propiamente humano o, con otras palabras, las virtudes. De nuevo, llegamos a comunidades como la familia y la escuela que refuerzan los lazos hacia otras generaciones, bien sean los hijos o los abuelos, donde la relación profesor-alumnos cobra toda su riqueza educativa, donde las amistades en el vecindario tejen una red de relaciones solidarias más allá de los intereses particulares, etc. La familia y la escuela representan lugares cotidianos muy propicios para crecer en virtudes humanas, porque en el seno de estas comunidades, se aprende la comunicación interpersonal, se adquieren hábitos para trabajar –estudiar, ayudar en casa, desarrollar aficiones–, en un ambiente de libertad, donde es posible equivocarse, rectificar, mejorar, y, por tanto, adquirir virtudes éticamente relevantes. Ser buenos ciudadanos no es una tarea que se aprende de modo teórico en una asignatura de educación cívica. Ser ciudadano ejemplar exige entender esta misión como un oficio, a base de enseñanzas y correcciones, de cumplimientos de las leyes, de seguir buenos ejemplos en padres y profesores. Es el momento de la razón práctica, que puede y debe buscar el bien y que necesita de virtudes como la responsabilidad, el espíritu de servicio, la capacidad de sacrificio, el aprovechamiento del tiempo, la puntualidad, para que la buena ciudadanía sea un bien beneficioso para la entera sociedad. Por esto, las virtudes que se necesitan refuerzan lo social y permiten huir del individualismo egoísta: son virtudes de la dependencia, en expresión de MacIntyre.

Por último, frente a la racionalidad científica (frente al *Homo faber*, que sólo se fía de la técnica), sólo me gustaría dejar una idea: huir de los complejos de inferioridad. Si todo se redujera a tener un *laptop*, a conectarse a Internet o a verificar con aparatos sofisticados teorías matemáticas, entonces perderíamos la ocasión de defender otra causa perdida, la más atractiva, la más difícil: la defensa de las humanidades. No pretendo exhibirme en una especie de arenga en favor de unos saberes inútiles. Otros ya lo han hecho. Sí pretendo hacer referencia al patrimonio riquísimo de nuestra cultura. Porque esta defensa de las letras podría quedarse en una frase bonita. Sin embargo, si en algún país se puede sostener con fundamento sólido, históricamente probado y con una científicidad propia

de las humanidades, es aquí, en el Perú. Porque si en el Perú no somos capaces de enorgullecernos de nuestro patrimonio común, de nuestra historia y nuestro arte milenarios, pre-inca, inca, colonial, republicano, de la literatura castellana de nuestros antepasados y de la latinoamericana de nuestros contemporáneos, entonces esta defensa de las humanidades no se puede acometer en ningún otro país de América.

Las dictaduras -lo repito- se inician no por falta de libertad sino por falta de ideas. Fomentar una rica formación humanística es la clave para provocar ideas verdaderas y libres, para sentar las bases de una comunicación tolerante y sincera entre todos. Es quizá una tarea urgentemente pendiente. No dejemos que se relegue a un segundo plano por culpa de esa educación *light* con las tres íes de las que hablábamos. El verdadero enemigo -y lo diré con palabras de un filósofo contemporáneo español, Alejandro Llano- puede ser "la burguesía conservadora" que "lleva mucho tiempo rechazando las humanidades, y difundiendo entre los estudiantes de colegio la mentalidad de que hay que dedicarse sólo a cosas productivas y rentables: administración de empresas, ingeniería". Una señal negativa de esto es la tragedia familiar que surge cuando a una chica o a un chico se le ocurre la peregrina idea de estudiar historia, literatura, filosofía. Y es que el enemigo de las humanidades no es el marxismo, que bien se ha encargado en nuestro continente de reinterpretar no sólo la historia y la literatura, sino hasta la teología. El enemigo principal es la cultura neo-liberal que proclama una sociedad del bienestar, sofocada por el placer y alejada del auténtico saber humanístico. Sólo un nuevo modelo de educación podrá salvarnos de este peligro, pero para conseguirlo es necesario innovar y redescubrir lo auténticamente humano.

Innovar desde la tradición humanística

Como se puede ir percibiendo, el modelo de educación que propongo sólo será rentable cuando las bases antropológicas estén bien puestas, es decir, cuando se formen ciudadanos de modo integral: atendiendo a lo que define al ser humano, tanto en sus componentes esenciales (dimensión psíquica, con sus funciones racionales, y dimensión somática, con sus necesidades corporales) como en sus dimensiones relacionales: solidaridad, dependencia, servicio, cuidado, etc. Dejar esta tarea de formación ciudadana para la universidad es el error más craso que se puede cometer. El sentido común y las grandes cabezas siempre han afirmado que la clave para la educación de los pueblos es la educación en el colegio. La familia y la escuela son *conditio sine qua non* en el proceso educativo.

Sin embargo, la solución que propongo puede sonar a demasiado extrema y crítica con el modelo neo-liberal y el libre mercado. En definitiva, se puede objetar, dependemos del dinero y negarlo es una actitud tan

ingenua como quiijotesca... Pienso que aquí hay que distinguir entre negarlo y criticarlo. Cuando hay crítica, hay también debate, y cuando hay debate, hay ideas. Concretamente, la pregunta sería: ¿es posible superar el pecado original del modelo liberal, o sea, su visión individualista del hombre que fácilmente aparece en una sociedad donde el consumo y el placer ocupan un lugar principal? Un tentativo de respuesta es la así llamada responsabilidad social corporativa, siempre que no se reduzca a una responsabilidad por el medio ambiente. Sin menospreciar lo que de modo habitual se entiende por ambiente, el primer elemento ecológico que hay que defender es el ser humano. Por esto, es muy distinta la responsabilidad de recuperar el ambiente en La Oroya que en zonas inhabitadas escandinavas. En esto, es preciso dar la batalla de invertir con fundamento, responsablemente. Lo rentable a largo plazo es asegurar una educación, que no se reduce ni a la informática, ni a la empresa, ni al inglés y que se desarrolla en los ámbitos sencillos de la vida cotidiana, la familia y la escuela. Clave esencial para una educación en liderazgo eficaz es huir de la formación *light* y centrarse en las humanidades y las virtudes.

Hoy día casi todos están de acuerdo en que el futuro de un país depende de que haya nuevas generaciones bien preparadas intelectualmente. El capital de un país es su natalidad y su educación. La situación política y económica actual del Perú se encuentra en una coyuntura positiva para comprender la riqueza de nuestra historia y de nuestra cultura. El reto consiste en desarrollar el patrimonio cultural: aprender de nuestra historia, incentivar nuestras tradiciones, recuperarlas donde se hayan perdido, facilitar el acceso a la literatura universal y regional. Crecer para adentro, para que aparezcan hombres y mujeres que se atreven a pensar no sólo en castellano sino también en quechua y aimara, como la mejor defensa contra intentos imperialistas de corte bolivariano.

Las dictaduras –se ha dicho ya y lo repito– permanecen no por falta de libertad sino por falta de ideas. Las ideas se alcanzan mediante el esfuerzo personal, el estudio, la ayuda de profesores, la lectura de clásicos, el ambiente educativo propicio de una familia, de una escuela. Sin estos fundamentos, poco se puede hacer en la universidad o en la vida profesional. Del mismo modo que los buenos educadores saben que lo humano es algo más que el manejar la computadora o hablar inglés, éstos mismos reconocen que lo humano tiene su fuerza en la virtud y en los conocimientos sólidos y verdaderos y quizá aún más en el buen ejemplo que los alumnos ven y el buen consejo que los maestros dan. La tarea del educador exige un sacrificio que no se puede pagar con nada, pero justamente por eso el momento actual del Perú permite ver que vale la pena invertir en esta misión educativa. Esa inversión será rentable si se apuesta por un modelo basado en un humanismo cívico y social innovador, que conforma una especie de *hidden curriculum*, de currículum escondido, pero

real, imprescindible, lleno de riqueza, en la educación. De eso tratan estas reflexiones, aunque sé que puedo hallarme, una vez más, defendiendo una causa perdida. Sin embargo, he procurado, por lo menos, aportar alguna idea.